

AL CIELO A PIE

By Sr. Mary Linscott SNDdeN

(Chapter 1 of *Al Cielo A Pie*)

El mes de septiembre de 1810 fue cálido y seco, fue también relativamente tranquilo. Por primera vez, desde que se rescindió el tratado de Amiens, los ejércitos de Napoleón se encontraban inactivos. Las victorias de Austerlitz, Jena, Friedland y Wagram habían engendrado una sensación de invencibilidad. La guerra con España aún no había consumido las fuerzas del Imperio, y la campaña Rusa yacía todavía en la mañana. Por el momento, los Tratados de Tilsit y Schönbrunn proporcionaban una tregua insegura, y los poderes políticos en París se contentaban con mantener el bloqueo continental para conquistar Inglaterra mediante una presión comercial, más bien que por medio de una invasión militar. Los soldados de Francia pudieron descansar y a los reclutas belgas, entre otros, se les concedió licencia.

Dos de éstos, recientemente comisionados, regresaban para dar parte a su regimiento en Namur, atravesando el bosque de Ardenes por el estrecho camino que parte de St. Hubert. Los rayos oblicuos del sol a través del bosque de abetos creaban una ilusión de alegría y seguridad, los valles profundos yacían silenciosos, y la perspectiva de una marcha durante todo el día era estimulante. Los hombres se encontraban en buen estado físico, eran entusiastas y se sentían seguros de sí. El camino que cruzaba por Marche y luego por Ciney hacia el río Meuse estaba bien marcado, y confiaban llegar a Namur antes de que oscureciera. Quizás debido a la sensación de su propio bienestar y además a las mejores relaciones que existían entre el ejército y la gente, estaban dispuestos permitir que una persona civil caminara con ellos. Cosa asombrosa, su compañera era una mujer campesina, mayor de edad, poco más o menos de mediana estatura, resistente, enérgica, con una sonrisa retozona, y de paso resuelto. Llevaba su manto arrollado bajo el brazo y sus pertenencias en un envoltorio sin forma, que se movía rítmicamente a su lado. A lo largo del día se mantuvo al paso de los hombres, demostrando su interés y que le caía en gracia su ferviente devoción al Emperador, contenta de tener compañía y protección al recorrer un camino que era bien conocido debido a los salteadores y lobos que lo frecuentaban. A las nueve de la noche, los tres cruzaron el viejo puente por encima de la confluencia del Sambre y del Meuse en Namur; los soldados dieron la vuelta en la barrera de control para subir a su cuartel en la citadela que dominaba las murallas, la mujer se alejó caminando por el muelle hacia la Rue des Fossés, y desapareció por el pórtico de la vieja casa de los Condes de Quarré. Julia Billiard había dado término a otro viaje; había caminado más de setenta y dos kilómetros.

Estas caminatas que habían consumido tantas horas de su tiempo durante los últimos seis años eran todo lo contrario de lo que ella había esperado. Jamás hubiera pensado que los caminos desde St. Hubert y Marche hasta Namur, y las rutas del Norte a Gembloux, Gand y a St. Nicolas más allá, le llegarían a ser tan conocidas como los senderos de su Picardie natal. En realidad, no había esperado del todo lograr volver a caminar. Una parálisis la había tullido desde la edad de veintitrés años y negligencia en cuestión de cirugía le dañó a tal grado el hueso de un pie, que el doctor a quien se le pidió que verificara sus reliquias cuando fueron exhumadas en 1888 vaciló ante tener que autenticarlo porque dijo que una persona con un hueso tan deformado no pudo haber caminado en absoluto. Julia sabía que caminaba en virtud de un milagro. En 1804, después de veintitrés años de impotencia, dio los primeros pasos obedeciendo una orden: "Si tiene Ud. alguna fe en el Sagrado Corazón, dé un paso hacia adelante". Nunca se puso a pensar si la facultad de caminar le fue restituida rectificando la torpeza del

cirujano o simplemente a pesar de ello. A ella le bastaba el hecho de que Dios le había devuelto su salud y energía. Su única ambición era utilizar ambas para su gloria.

¿Quién era esta mujer tan singularmente resulta que pensaba que la labor que estaba desempeñando era suficientemente importante como para que emprendiera una caminata a campo traviesa, por un camino solitario, con tan sólo compañeros al azar, de escolta? Era una mujer campesina, nacida en 1751, en una aldea de Picardie, no lejos de Compiègne, y pertenecía a una de esas viejas familias profundamente enraizadas en la tierra, cuyas genealogías se remontaban hasta donde llegaba la memoria del pueblo o que podían constatar los registros de la parroquia. Su niñez había sido tan ordinaria como se podía esperar de la hija de un aldeano que estiraba sus recursos cultivando su parcela y manejando una tiendecita, pero toda la vida de Julia fue una paradoja, y uno de los elementos inesperados fue precisamente que, desde su lugar, tranquilo y atrasado, ella había de iniciar un movimiento que llegaría a extenderse por el mundo. Esta mujer que carecía de capacitación llegaría a ser el instrumento que no sólo restauraría la educación cristiana en Francia, sino también la desarrollaría en tierras que en 1751 ni siquiera habían sido exploradas.

Y sin embargo, la enseñanza que ella recibió fue escasa. Es cierto que la familia tenía algún interés en la educación, pues en Cuvilly había una escuela a cargo del tío de Julia, Thibault Guibert, que no era un centro particular sino una escuela de beneficencia, debidamente organizada para impartir enseñanza rudimentaria, y supervisada por un cura párroco instruido, M. Dangicourt. Aun así, la enseñanza que ofrecía era lamentablemente escasa comparada con el standard moderno, ya pesar de la asidua asistencia de Julia, no podía elevar su nivel escolar más allá de la capacidad para leer, escribir, contar, coser, recitar el catecismo y cantar afinadamente. Su propia descripción de sí misma, un tanto graciosa; "la pobre ignorante Madre Julia" fue motivo para recordar hasta el fin de sus días que su aprendizaje escolar nunca pretendió ser el resultado de estudio superiores. En su niñez dirigía sus pasos con más frecuencia hacia los campos que hacia la escuela, porque las clases solo se daban cuando no había que hacer trabajo de verdad, es decir, el trabajo del campo. Reunía a los niños a su alrededor y jugaban a la escuelita, pero posiblemente ninguno de los ancianos de la aldea vio en ello un anuncio de su futuro apostolado.

Existe, no obstante, una segunda paradoja que pudieron haber notado: Julia era una joven muy trabajadora que pertenecía al sector menos privilegiado de la sociedad, pero a pesar de ello, desde una edad bastante temprana, ejercía una influencia singular sobre toda clase de personas y estaba en contacto con una sección representativa de los diferentes rangos sociales que incluía desde los labriegos hasta las damas de la corte. Ella misma era pobre y después del robo que despojó el negocio de su padre, tuvo que trabajar como segadora, junto con los trabajadores eventuales, a fin de ganar algo para la familia. Sin embargo, esta muchacha de quince años, con una historia de infortunios, empleaba al mediodía la hora de la siesta para cambiar las vidas de los labriegos mediante un apostolado muy suyo. Se debía, en parte, a su bondad, en parte a su afán de compartir, y en parte a su vivacidad y al puro gozo con que relataba una historia que cautivaba a sus oyentes; lo cierto es que su encanto era irresistible. Los cautivaba y arrastraba consigo, así como arrastraría a muchos otros, años después.

Era de ver que su influencia no se limitaba tan sólo a los trabajadores. Las damas de París preferían sus casas de verano en los campos de Picardie, y en Séchelles y Gourmay, de esta manera Julia contaba con sorprendentes amistades de Mme. de Pont l'Abbe, Mme. de Séchelles y la familia de la Condesa

Baudoin. A través de ellas fue introducida al mundo de la aristocracia, a las familias nacidas para gobernar más que para ser gobernadas, y fueron ellas las que le llevaron a su gran amiga y colaboradora, Francisca Blin de Bourdon.

Fue durante sus años de adolescente que Julia se dio cuenta de la paradoja divina de la acción por medio de la inacción. Un enemigo de su padre, al hacer un atentado contra su vida, disparó por la ventana rota del cuarto donde ella se encontraba sentada. El disparo se desvió y nadie resultó herido, pero la tensión nerviosa que le produjo la experiencia de tal manera le afectó el sistema nervioso, que quedó inválida y con el tiempo paralizada en cama. La atención del cirujano local no mejoró su estado. En 1782, cuando ya llevaba más de ocho años de sufrimientos, le sangró el pie a tal grado que el hueso quedó lisiado. Ella, que era enérgica de por sí, aceptó como voluntad de Dios, el hecho de que no llegaría a caminar otra vez. Los niños se veían obligados a acudir a la vera de su cama para recibir su instrucción. Las grandes damas tenían que inclinar sus pelucas y maniobrar con sus crinolinias en la estrecha casa de la Rue de Lataule. El borrador de los pianos para el nuevo hospital de Fontaine-Malade lo tuvieron que hacer en su cuarto. Hasta durante la revolución, cuando su fidelidad a la Iglesia se negó a someterse al juramento cismático que se le exigía, y su lealtad a sus amigas, las de los castillos, le atrajeron la ira de los 'sans-culottes', ella permaneció fiel a sus ideas. Fueron sus amigas las que la ayudaron a escaparse a Gourmay y la ayudaron a viajar inadvertida a Compiègne, escondida en el fondo de una carreta cargada de heno. Fueron ellas las que la pasaron de casa en casa cuando el peligro era extremo, y así mismo fueron ellas quienes le encontraron finalmente hospedaje en el Hôtel Blin de Bourdon, en Amiens. Físicamente inactiva y sin perspectiva alguna de volver a la vida activa en el futuro, Julia aprendió en la escuela del dolor y del silencio las lecciones que un día enseñaría a toda la energía de la salud que había recuperado. Esta fundadora, tan singularmente enérgica, estuvo enferma por más de treinta años y tullida veintitrés de ellos.

Cuando recomenzó su vida activa a la edad de cincuenta y tres años, ya apreciaba plenamente la paradoja de que la providencia de Dios se vale de los seres débiles de este mundo para llevar a cabo grandes obras, el gozo que encontraba en ello nunca disminuyó. Sin ninguna iniciativa de su parte, le fue dada Francisca Blin de Bourdon para que trabajara con ella, la comprendiera y proporcionara los recursos materiales para el éxito. Le fue dado un grupo de gente joven ansiosa de compartir sus ideas. Le fue dada la oportunidad de trabajar directamente en el apostolado cuando los Padres de la Fe, con el afán de remediar la terrible ignorancia en Francia, la cual se hizo evidente después del Concordato de 1801, le pidieron que les ayudara con la enseñanza de las mujeres y los niños durante sus misiones en Abbeville y St. Valery. Finalmente, en 1804, le fueron devueltas sus fuerzas físicas y la facultad de andar, algo que no había podido hacer desde hacia tanto tiempo.

Además, en esa época, ya tenía una idea clara, general, de su obra: el apostolado de la educación, que llevaría la instrucción a los distritos del campo reducidos a la ignorancia por la revolución. Quería tener pequeños conventos en las aldeas de Picardie y el Pas de Calais, maestras sin residencia fija que impartieran enseñanza gratuita. No existía ninguna duda en su mente de que la obra tendría éxito. En el período más álgido de la persecución en Compiègne, había visto misteriosamente el éxito de la congregación que había de fundar y su principal característica: un amor invencible a la cruz como fuente de fuerza y santidad y como símbolo del mensaje de la maestra cristiana. Más tarde había de ver más lejos: que su labor estaba destinada a llegar hasta los confines de la tierra. El hecho de que su propio horizonte se hallara en un rincón muy limitado del norte de Francia y de Bélgica no la preocupaba en lo

más mínimo. La fe le daba el poder de contentarse con sembrar la semilla y dejar que otras la regasen y la cosechasen.

Con todo eso, durante la mayor parte de la vida de Julia, la labor fue lenta y restringida al parecer, por frustraciones sin sentido. El primer grupo de Amiens se dispersó bajo el impacto del Terror Blanco. Se formó un segundo, y el 15 de Octubre de 1804, por primera vez, fueron pronunciados los votos de las Hermanas de Notre Dame por Julia misma, quien pasó a ser Hermana San Ignacio, Francisca Blin de Bourdon (Hermana San José), Victoire Leleu (Hermana Anastasia) y Justine Garson (Hermana San Juan). La congregación fue aprobada oficialmente por Napoleón desde su campamento de Osterode en 1807 y comenzó a desarrollarse con el Convento de la Rue Neuve, en Amiens, como centro y con casas secundarias en aldeas como Montdidier, Rainneville, Bresles y Hennecourt. Para 1810, St. Nicolas en el este de Flandes, Namur en Bélgica central, St. Hubert en Ardennes, Gand y hasta el lejano Bordeaux, ya contaban con grupos de sus Hermanas; y era el interés personal de Julia por cada una de ellas lo que la llevaba a emprender sus interminables viajes en diligencia, o carreta, o bien en burro, y más que nada a pie, por lo cual llegó a ser una figura tan conocida por los caminos de Bélgica. Teniendo en cuenta su propia experiencia en cuestión de viajes, el comentario que en una ocasión le hizo a una novicia resulta singularmente incisivo: "Hermana, no se va al cielo sobre ruedas, ¡se va a pie!".

Si su única preocupación hubiera sido la fundación y el mantenimiento de sus conventos y la debida capacitación profesional de sus Hermanas, la tarea de Julia habría sido relativamente fácil, pero además de eso tenía que afrontar situaciones que surgían gracias a sus propias ideas avanzadas. Quería formar una vida religiosa que correspondiera a las necesidades de sus tiempos y que mentes conservadoras, y en particular la de Monsieur l'Abbe Sambucy en Amiens, estaban poco dispuestas a aceptar. Omitir el Oficio Divino, prescindir de la distinción entre religiosa de coro y hermana lega, abandonar la clausura e instituir un gobierno central, todo esta era más de lo que este buen sacerdote estaba dispuesto a permitir que aprobaran las Autoridades de la Iglesia de Amiens.

Julia fue criticada, mal juzgada, se le prohibió el ingreso a su propio convento y en una situación en que los falsos informes jugaron el cruel papel de violentar la mano del Obispo, se vio por fin obligada a retirarse del todo y a establecer la casa matriz en Namur el año de 1809. Este paso marcó el fin de la etapa francesa de su obra. En Amiens los asuntos se alargaron hasta 1813, lo que para ella fue engorroso, pero el convento de allí se separó finalmente de Namur y las fundaciones en las aldeas se cerraron. La casa de Bordeaux volvió nuevamente a ser una fundación diocesana.

Julia concentró su atención en Bélgica, durante los últimos años de su vida. Zèle, Fleurus, Gembloux, Jumet y Andenne fueron una agrupación de conventos cuyos comienzos ella personalmente supervisó. Pero estas fundaciones fueron hechas ante la amenaza de la guerra que diariamente se hacía más seria. Se mantuvieron a través del terrible verano de 1815 cuando la ansiedad de la fundadora por la desordenada retirada de los ejércitos franceses y la ocupación de las ciudades de Bélgica por los prusianos y los cosacos, presentó nuevas exigencias a su profundo espíritu de fe.

En aquella época también sufrió penas más íntimas porque sus propias Hermanas no supieron comprenderla. Su espíritu siempre fue de libertad y ella había comunicado algo de esa libertad a la forma de vida que había elaborado. La libertad de los hijos de Dios le era muy querida. Algunas de sus Hermanas, sin embargo, daban mucha importancia a la regularidad y uniformidad de una observancia

rígida. El hecho de que no todos los conventos hicieran lo mismo, de la misma manera, a la misma hora, era para ellas un obstáculo, y su espíritu rigorista chocaba con el punto de vista más equilibrado de Julia.

Por breve tiempo pareció que ellas iban a prevalecer. ¿No había apoyado Julia al Obispo de Gand, Mons. de Broglie, que ahora se encontraba desacreditado y en el destierro por oponerse a Napoleón? ¿Acaso no quedaba ella bajo sospecha al mantenerse al lado de Mons. Pisani, Obispo de Namur quien, no se sabe cómo, había escapado a la prisión por consiguiente debía haber cedido ante Napoleón? El hecho de que Mons. Pisani fuera un hijo fiel de la Iglesia no exoneraba a la fundadora, y durante la mayor parte de 1815, ella quedó desacreditada ante una parte de su propia congregación. Y sin embargo, la obra siguió adelante y todo ello sirvió para ahondar la santidad de Julia. Sólo faltaba la purificación final de su última enfermedad y muerte, sola, en una habitación prestada en la casa matriz, para completar su santificación. Murió el 8 de Abril de 1816 después de cantar el Magnificat. En oración había pedido que cuando Dios ya no necesitase su vida activa, le devolviese sus dolencias de antes: su apostolado terminó como había comenzado, en la impotencia física.

Julia dejó los comienzos de una gran obra, pues de ella partió la iniciativa que encendió los corazones de la primera generación de de Hermanas de Notre Dame. Fue ella quien asentó los principios de la Congregación, estableció su espíritu, formó a sus maestras, abrió sus escuelas y le comunicó su modo de enfocar la educación, el que sería transmitido como la filosofía que caracteriza a quienes la siguen. Inconscientemente, ella selló su obra con su propia personalidad. Por mucho cuidado que tuviera en hacer la voluntad de Dios, a la manera de Dios, sin reclamar ningún mérito personal por ello, tenía que actuar, forzosamente, según sus propios dones y temperamento; y así como en el caso de cualquier obra de Dios ejecutada por instrumentos humanos, la formación de Notre Dame se realizó de acuerdo con lo que era ella misma, como también conforme a la iniciativa divina. Las Ordenes Religiosas en la Iglesia son tan distintas en sus características humanas como los libros de la Biblia, y por la misma razón: Dios respeta a sus instrumentos.

En Julia, El escogió a una líder nata, cuya energía sin límites provenía de su profundo sosiego interior. El retrato convencional de ella que tanto atraía a las personas piadosas del siglo diecinueve, representa a una persona que sonríe apaciblemente, lo que sugiere que era una mujer de una calma imperturbable y de una disposición que cedía fácilmente, pero esto presenta solamente un aspecto de su personalidad y además resulta engañoso. Sus cartas, instrucciones, conferencias y los recuerdos de sus contemporáneos dan una impresión muy diferente. Según todos estos datos, Julia era una mujer vigorosa y dinámica, con notables cualidades de mente y corazón, aguda observadora de la naturaleza humana, de un temperamento francés lleno de vivacidad.

Sus cartas y sus apuntes están repletos de una intensa actividad y una dedicación total a su obra, pero sin prisas ni agitación. “Mucha energía, pero poco aspaviento”, era uno de sus lemas. “Una puede ser muy activa y sin embargo obrar con suavidad”. Como no concedía ninguna importancia a las distancias y poca al tiempo que pasaba yendo a pie de convento en convento, tenía que coger al vuelo unos minutos por aquí y otros por allá para escribir las cartas de las que dependía su obra, pero nunca lo hacía con precipitación y solía volver a escribir la que le parecía ilegible. Empezaba una página en Gand y la terminaba en Liège. Aprovechaba escribir desde Roulers, pasada la medianoche, cuando la diligencia se había retrasado, o desde Namur a las tres y media de la madrugada, cuando tenía que madrugar. Enviaba unas letras desde un mesón en el campo, falta de aliento por haber estado batallando con el

viento en un camino cubierto de hielo, o cuando trataba de escribir con una pluma de ganso mal cortada en la que la tinta se había secado: “Una típica pluma de mesón público, -ya sabe Ud. como son”. Un día se encontraba en Zèle, al día siguiente en Jumet. Había una inundación en Andenne, una escuela atestada de niños en Gembloux, una Alcaldesa alborotada en St. Hubert, la posibilidad de una fundación de Breda. A cada emergencia Julia respondía, emprendiendo el camino otra vez con su manto usado sobre los hombros y su envoltorio bajo el brazo.

Relacionarse con ella era fácil gracias a su temperamento. Era ágil y viva, enérgica, inteligente y con chispa, llena de esa sal gállica que asomaba con frecuencia en sus expresiones. Le caía en gracia y al mismo tiempo la exasperaba la placida manera de ser de los flamencos. “Estos buenos flamencos tardan todo un día en tomar una decisión”, escribió en una ocasión al regresar a casa “mojada como un sopa”, después de “haber recorrido la ciudad de Gand buscando casa”. “Deliberan tanto, antes de hacer algo... parece que no se les ocurre que yo no tengo tiempo para esperar que se acaben sus deliberaciones”. En sus viajes su energía era evidente. Se reía de los pasos agigantados que daba dejando atrás a Hermanas mucho más jóvenes que ella, y tendía su palo a una jovencita que la seguía para ayudarla a guardar el equilibrio en un camino resbaloso. Daba una mano a cualquier quehacer: como el lavado semanal de la ropa en Gand; dando clases en St. Hubert; la cocina en Jumet; las compras en el mercado de Namur; y solía levantarse a las cuatro de la mañana para sus entrevistas individuales con las Hermanas, a fin de no quitarle tiempo a la labor del día. Ir de compras al mercado le gustaba de una manera especial porque, como buena campesina francesa, le encantaba hacer un buen negocio y gozaba con el regateo preliminar con los dueños de los puestos para fijar el precio. En Namur, acudía al mercado frente a la Catedral, lo más temprano posible, para comprar las verduras mientras estaban frescas y antes de que subieran los precios; luego, a su regreso se iba a Misa, sin que le preocupara su cesta repleta o el hecho de que, en una ocasión, dos lechoncitos que acababa de comprar la siguieron hasta el interior de la iglesia.

Todo indica con evidencia que Julia era optimista y poseía el sentido del humor que hacían sumamente agradable la convivencia con ella, y una fogosidad que suscitaba el entusiasmo. Su encanto era contagioso. “Nos hacía tan felices en Namur”, escribía una de las primeras Hermanas. “Era tan viva y al mismo tiempo tenía tanto interés en cada una... Me acuerdo de su amabilidad y de su risa... era alegre y le gustaba vernos alegres también, así que nos hacía reír”. Y ciertamente que sus expresiones era gráficas: “No debes nunca esperar a que se te invite (al Retiro en Namur)”, le dijo a una Hermana tímida. “Ven derechita, como la letra ‘l’”. Y más tarde cuando la misma Hermana no podía llegar a tomar una decisión: “Decídete esta vez, hija, mejor errores que parálisis”. En Gand, ella estaba “de obreros hasta el cuello”; en Gembloux, las Hermanas estaban metidas en su trabajo “como patos con el pico en el agua (le bec dans l’eau)”. A una Hermana que no preparaba su meditación le advirtió que de poco le servía estar arrodillada “en la Capilla con la boca abierta ¡esperando que las alondras le cayeran del cielo ya cocidas!” y a toda la comunidad, con motivo de la Navidad, le enviaba sus felicitaciones: “Mi cariño a todas ustedes, y las abrazo a todas como pinzas”. Parecía que estaba en todas partes al mismo tiempo: “Nunca se sabía dónde iba una a encontrar a Mère Julie. Llegaba cuando menos se la esperaba... siempre enérgica y sonriente, y de un modo u otro, una se sentía mejor por haberla visto”. El vivo interés que sentía lo abarcaba todo, desde la manera de leer y escribir y la ortografía de las Hermanas, hasta el modo de hacer las camas y cómo salaban la mantequilla; o bien hasta “la gran viga y los trece

barrotes” que hizo poner en la reja principal de la escuela cuando los cosacos se encontraban en Namur después de la retirada de Napoleón de Moscú.

Toda su obra estaba sellada con sus cualidades de mente y corazón. Su inteligencia era aguda y lúcida, con una capacidad para captar una situación y apreciar sus consecuencias. Podía percibir los principios que estaban en juego y emitir un juicio seguro y práctico. Vez tras vez le remitían problemas que requerían solución, y vez tras vez la respuesta era sensata, objetiva y equilibrada. Cuando comentaba, como solía hacerlo, que era una mujer ignorante, lo único que quería decir era que nunca había recibido una formación académica formal. La omisión no la perturbaba. “San Pedro tampoco la tuvo”, decía, “y en su primer sermón convirtió a tres mil personas”. No dejó que Francisca Blin de Bourdon le corrigiera los errores de ortografía en una carta a uno de los Obispos porque pensaba que era mejor que su Señoría supiese con qué clase de mujer ignorante estaba tratando. “¿Se ha visto alguna vez un instituto tan ignorante en su fundadora y en sus miembros?” comentaba. “Hacemos alarde de saber gramática, geografía y caligrafía, tenemos una gran lista de asignaturas altisonantes, y no muchos estudios”. Pero el temple intelectual de Julia no era del tipo que depende de estudios académicos. No tenía estudios, pero inteligencia, sí. Su mismo modo de pensar lo revelaba. Sólo una mente original pudo haber concebido, como lo hizo ella, una forma de vida religiosa que era revolucionaria en su rompimiento con los moldes y normas convencionales. Se requería una mente equilibrada y valiente para no dejar los rectos principios sin que la perturbaran los acontecimientos y la gente, en un mundo en agonía por la revolución. Por lo menos en cuatro ocasiones durante su vida en Cuvilly, Bettencourt, Gézaincourt y Namur tuvo que hacer frente al cismo, y en cada caso su juicio fue acertado a pesar de las contracorrientes de la opinión popular. Podía mantenerse firme, “algo así como un dragón”, como comentaba ella misma, pero nunca era obstinada. Su mente estaba abierta, se adaptaba, tanto en lo tocante a la envergadura de su obra, como al modo de desarrollarla. Al principio se había formado la idea de pequeños grupos de Hermanas en zonas rurales, pero la experiencia que tuvo en las misiones en St. Valery y Abbeville en 1804 pronto la convencieron de que se podría realizar mayor bien en las ciudades. Tenía la intención de que sus escuelas fueran nada más que para los pobres, pero cuando el Obispo de Namur le hizo una petición a favor de la clase media, abrió escuelas para ellos también. Su mente era humilde. No se proponía de manera alguna dejar su sello personal en Notre Dame de tal manera que el patrón educacional de la congregación quedara inalterable para siempre. Más bien, premeditadamente, dejó el camino abierto para que se desarrollara en el futuro, y a una persona que le escribió preguntando qué era lo que las Hermanas debían enseñar, contestó, no con el envío a vuelta de correo de un programa de estudios, como probablemente se esperaba, sino con la simple indicación: “Enséñenles todo lo que sea necesario para prepararlas para la vida”.

La inteligencia de Julia era tal, que valía mucho más que el tener una acumulación de conocimientos detallados, y la calidad de su inteligencia era apreciada por muchas de las personas que trabajaban con ella. Los Obispos de Gand y Namur se daban cuenta de ella al notar la combinación de amplitud de los principios y al mismo tiempo atención a los detalles, cuando hacía los arreglos de sus fundaciones con ellos. Los mesoneros de Flandes lo sabían bien y la invitaban gratuitamente a la mesa principal durante sus viajes tan solo por el gusto de escuchar su chispeante conversación. Las Hermanas confiaban en su inteligencia ya que, por larga experiencia, sabían que su mente era no solamente rápida y penetrante, sino sencilla también y de gran integridad. Ella comentaba que: “Otras personas se ponen guantes de terciopelo para tratar con la gente, pero yo no”, y hasta en sus comentarios más tajantes no se

encontraba más que en un franco sentido común. Cuando aconsejaba: “Conténtate con la buena voluntad de fulana; podrás volverla loca, pero jamás la harás recta”, hablaba sin malicia y sin despertar rencor.

Parecía que ella aceptaba su potencia intelectual con naturalidad y nunca aludía a ella. La evidencia de su inteligencia se hizo ver cuando futuras generaciones constataron que su pensamiento y práctica educativa se basaban sobre premisas seguras e inteligentes.

El caso era diferente respecto a los sentimientos del corazón, sobre todo en cuanto a su capacidad de amistad, la cual uso calurosa y generosamente durante toda su vida. Sabía el valor de tener un interés personal y trato individual, y en sus cartas abundaban las preguntas afectuosas acerca de una u otra de las Hermanas o de los niños. Este era el secreto de gran parte de su éxito puesto que su interés era totalmente espontáneo y auténtico. Con frecuencia una carta contenía una letanía de saludos con un mensaje especial para cada Hermana en la comunidad. Algunas veces enviaba notitas, a manera de posdatas, a diferentes Hermanas. Cuando alguna Hermana se hallaba en dificultades, Julia la tenía presente con cariñosa solicitud haciendo todo lo posible por animarla, guiarla o distraerla, y experimentaba una verdadera alegría cuando lo conseguía. Cuando fracasaba, no demostraba ni resentimiento ni amargura, solamente un gran pesar. Cuando Firmine X, la que probablemente le causó más preocupaciones que nadie, siguió por fin sus caprichos, Julia no perdió el tiempo en reproches sino que comenzó esos largos años de fiel oración por ella que sólo terminó con su muerte.

Su amor por los niños era proverbial y sus frecuentes preguntas acerca de ellos demostraban su interés y cariño. “El pan que comen, ¿es bueno? ¿Pueden salir al jardín?” A menudo terminaba una carta a las Hermanas con las palabras: “Cariños de mi parte para los pequeños”. Los niños, por su parte, sabían que eran queridos y acudían en tropel alrededor de ella cada vez que visitaba la escuela y las Hermanas siempre quedaban encantadas cuando ella se hacía cargo de la clase de religión porque conseguía que la escucharan embelesados.

Dada su mentalidad francesa, penetrante, lógica y bondadosa y su afectuoso corazón, Julia no podía menos de ser una interesada observadora de la naturaleza humana. Sus dibujos en miniatura eran inconscientemente gráficos, y sin embargo, no se podía dudar del afecto que sentía por las personas que describía. Sentía una solicitud especial por la pequeña comunidad de tres de St. Hubert: la Hermana San Juan, una Superiora muy joven y con poca experiencia que tenía que aprender sus obligaciones a través del quehacer diario y que acudía a Julia en lo que a ella le parecía una larga serie de crisis diarias; la Hermana T. que era portera, cocinera y maestra de primaria; y la Hermana P. que desempeñaba todos los otros cargos. Lamentablemente, la Hermana P. era una ‘persona espiritual’ y era tan espiritual que se quedaba absorta en recogimiento cuando debía estar presente como tercer miembro del trío durante el recreo. La Hermana San Juan le escribió a Julia preguntándole si debía permitirle que hiciera horas santas extras. “De ninguna manera”, fue la respuesta, “ella necesita más ejercicio, y tal parece que nació medio dormida. Los domingos, envíala a pasearse a pie”. En Jumet había una situación parecida, en la cual una Hermana era demasiado piadosa para desempeñar concienzudamente su labor escolar. Julia le escribió a la Hermana Anastasia: “Si, ya sé que predica con gran elocuencia pero, y ¿qué es lo que ENSEÑA? Tienes que ver que a los niños se les enseñe. ¿Cómo contestan las preguntas que les haces sobre SU asignatura?

Con una alma de tal envergadura, Julia era capaz de formar ese tipo de amistad profunda y santa que es el privilegio de aquellos que se encuentran cerca de Dios. Francisca Blin de Bourdon se diferenciaba de ella en su temperamento y en sus gustos, en su linaje, sus riquezas, su experiencia, su apariencia. En este caso se trataba de una complementación entre tipos opuestos, pero cada una poseía el idealismo de un apóstol y ese fervor depurado necesario para realizar una labor pionera. Compartían las mismas esperanzas y anhelos, las consumía el mismo amor a Dios. En Francisca, Julia encontró una persona a quien podían confiar sus pensamientos y sentimientos, y sus cartas a esta gran amiga las escribía con mayor libertad y eran más íntimas que las que escribía a cualquier otra persona con quien correspondía. Allí se encontraba la expresión más plena de su corazón con su capacidad de amar “fielmente ahora y durante una feliz eternidad”.

Julia permaneció notablemente fresca en sus escritos. Sus cartas, en particular, aparecen totalmente libres de cohibiciones y abundan en signos de exclamación, preguntas e hileras de puntos suspensivos. Estaba demasía o ocupada para sentarse a que le hicieran su retrato o para escribir un tratado formal, pero brotando del mismo candor de lo que si escribió, la impresión que dejó ganó autenticidad. Ella se destacaba: era rápida, amigable, fuerte, inteligente, comprensiva, estaba totalmente ocupada con los asuntos de su Padre, y siempre lista con su sonriente: “¡Qué bueno es Dios!”.

La caminata a Namur en aquel septiembre de 1810 cuadraba, pues, perfectamente con la labor y el carácter de Julia. La anciana campesina de poca estatura que hacía la caminata al lado de los soldados de Napoleón personificaba la paradoja divina de la fuerza en la debilidad, pues ella estaba comprometida en la realización de una obra que había de perdurar mientras el Imperio de Napoleón se derrumbaba. Ella estaba tratando de edificar nuevamente la cultura que los ejércitos habían contribuido a destruir; y al educar a los pobres, ella estaba llegando hasta las raíces más profundas de los problemas sociales que la revolución y Napoleón, entre ambos, habían creado. A pesar de que su experiencia era limitada, su fe y su visión educadora llegaban más allá de sus propios estrechos límites para abrazar al mundo. Los logros materiales parecían pequeños y a veces, incierto el camino, así como el camino de St. Hubert era estrecho y sinuoso y a veces se perdía en las sombras azules del valle, pero Julia por lo menos percibía la voluntad de Dios en el momento presente, así como percibía el trecho de camino que tenía adelante. Tenía compañeras, sorprendentes, quizás, pero que la Providencia había escogido para ella. Tenía fuerzas y un empuje directo hacia su meta-razón tenía la gente de Courtrai al llamarla “el ambulante amor de Dios”. Despiadada consigo misma en su anhelo de consumirse y ser consumida por amor a Cristo, probablemente no sentía más que una profunda satisfacción bajo la fatiga física al asentar su envoltorio en la portería de Namur aquella noche. “Sólo hay un camino que pisaron los Santos,... No se va al cielo sobre ruedas, Hermana. ¿Se va a Pie?”